



SIN CRONOLOGÍA

El sillín del columpio se balancea hacia atrás y alguien me empuja suavemente. De pronto, la tierra desaparece. Cada tanto, mi cuerpo regresa a unas manos calientes que me sujetan, me retienen unos segundos y me sueltan otra vez. La tierra sube y baja, el cielo lo llena todo. No sé si me gusta más subir o bajar, siento escalofríos en cada vaivén.

Aprieta fuerte las cuerdas y no te sueltes.

Cierro los ojos. Al subir, el aire es fresco y peso menos que una pluma, siento la tentación de abrir las manos y salir volando. Al bajar, veo el suelo acercarse a toda velocidad. No pienso en la caída, sólo en mi nueva facultad de volar. Pronto aprendo a columpiarme sola, a darme impulsos cada vez más fuertes, hasta que las cuerdas del columpio pierden su tersura y me da la impresión de que podría echarme a volar, como lo hago en sueños. Me advierten que la caída es peligrosa, que tengo que aprender a dominar mi fuerza. ¿Mi fuerza? Es la primera vez que pienso que tengo fuerza. Fuerza para mí sola, para procurarme placer. Para hacer lo que quiera. Cuando vuelo no hay padres ni hermanas, estoy sola. Me columpio echando la cabeza hacia atrás en la subida y apuntando al cielo con los pies, siento que el aire me levanta la falda y veo

las estrellas. Descubro que el mundo es inmenso y chiquito a la vez visto desde arriba. Me dan ganas de seguir subiendo.

No hay fotos de mí columpiándome ni colgada de las barras paralelas o haciendo el pino. Como no hay imágenes prácticamente de ningún otro momento que recuerde como importante. Pero hay fotos anónimas o de otros que me sacuden como si fueran propias. En mis álbumes aparecen personas que no conozco, porque murieron antes de nacer yo, o porque estaban casualmente presentes en el momento del disparo. Me da pena pensar que ya no quedan supervivientes que las puedan identificar. Las otras fotos, las compro en mercadillos. Pertenecieron al álbum de algún desconocido, pero tienen algo que me cautiva, algo de lo que carecía mi familia, lo que me lleva a adoptarlas instantáneamente. Me sirven igual. Las busco, las colecciono, me las apropio todas. Llenan huecos vacíos de mi biografía.

Me interesan sobre todo las que muestran cosas que suceden entre dos escenas, como cuando uno se equivoca de tecla y continúa filmando convencido de que la grabación se ha detenido. Mi cámara apunta hacia un lugar no intencionado y muestra a los personajes cuando se están relajando, por fin liberados del peso de la mirada ajena. Suelen estar algo tristes, porque saben que la imagen que acaban de dejar registrada no reflejará quiénes son realmente y serán inmortalizados poniendo una cara rara con la que no les quedará más remedio que convivir.

No sé si mi familia existió realmente o si me la estoy inventando. De lo que estoy segura es de que *una* familia, llamémosla equis, se manifiesta a menudo en mi película mental. Solemos encontrarnos cuando me miro al espejo. De pronto me veo con barba, o calva, muy vieja o adolescente, y asoman otros ojos y otras caras debajo de la mía. Nos miramos. A veces tenemos rasgos parecidos, como pasa en todas las familias,

aunque siempre surge alguno que no se parece a nadie y no me explico cómo ha podido aterrizar allí. Lo incorporo al elenco. El espontáneo y alguna otra oveja descarriada empiezan a cobrar autonomía. Son mis personajes. La película se pone en marcha. Las épocas se superponen y desfilan en una sucesión de fotos fijas y fotogramas: en sepia, blanco y negro o color, en desorden, sin principio ni fin. Entre los rostros serios de los retratados y las imágenes de grupo surgen otras: las instantáneas, que son menos solemnes, algunas están desenfocadas y tienen los colores saturados. También hay escenas animadas, clips mudos y descartes, instantes de vida.

Me pregunto si somos como nos vemos o como nos ven. Quizá seamos quienes terminamos siendo cuando alguien nos mira bien. Tal vez por ello me he pasado la vida formando alianzas, para encontrar mi lugar en la foto.

Escribo a retazos, sin cronología, siguiendo los caprichos de la invención. Al final lo único que queda es la experiencia de la vida, la vivida y la fabulada.

Me gusta ir al cementerio. Es un camposanto muy pequeño y aislado que la gente no suele visitar los días de diario. Cuando estoy segura de que no hay nadie me recojo un rato frente a una lápida de mármol blanco. Los nombres de mis muertos están grabados en hueco y según les dé la luz del sol son casi invisibles. Pero dibujando las letras con los dedos se leen bien. Parece una lápida anónima, sin fotos incrustadas en medallón. Son muertos privados. Al parecer, corre la voz en el pueblo de que se han visto extrañas huellas de carmín sobre el mármol blanco.

NO SONREÍR

Maya, mi madre, no sonreía en las fotos. En cuanto veía una cámara se ponía seria. Entre triste y enfadada. Decía que no sabía, que no le habían enseñado a hacerlo. Cada vez que se veía retratada con la boca abierta desgarraba la sección de la foto que le correspondía. Insistía en que tenía demasiados dientes, además de torcidos, que no le cabían todos en la boca y que al querer disimularlos hacía cosas raras con los labios y le salía una mueca. Que se hacía un lío con la lengua y no soportaba ver la cara que ponía de tonta. O de creída, que era peor. *Mírala, por quién se habrá tomado.* Nada más aparecer una cámara fotográfica en el horizonte, se giraba bruscamente de espaldas, inclinaba la cabeza y se revolvía el pelo, una de sus múltiples estrategias para esconderse, o se levantaba las solapas del abrigo y apretaba mucho los labios. Le encantaba el cine; había devorado *Buenos días tristeza, La aventura, La noche, El eclipse y Desierto rojo*, películas en las que las mujeres guapas no sonreían nunca. Lo sensual era poner cara de pocos amigos y tener aspecto de estar recién levantadas de la cama. Contagiada de la apatía de las intelectuales, salía siempre melancólica, a lo Mónica Vitti. Como ella, llevaba la melena corta y despeinada justo por encima de los hombros con el flequillo

revuelto, medio tapándole los ojos. Y se pintaba la raya con delineador negro, lo que daba a su mirada clara una oscuridad de mujer fatal. A pesar de sus esfuerzos por impresionar y marcar su rebeldía, no había nada agresivo en ella; su gesto era más bien un tímido mohín de disgusto, casi de aburrimiento, y no dejaba adivinar que odiase su boca por encima de todo. Sin embargo, por mucho que aparentase estar dispuesta a fugarse a la aventura pisando sin miedo el acelerador de un coche deportivo, con un cigarrillo encendido en la mano (a diferencia de los hombres que lo llevaban siempre colgando entre los labios), le aburría hacer y pensar lo mismo que la Vitti.

Mi madre no era moderna ni falta que le hacía. Bastante tenía con haber sido educada por una madre adelantada, producto de la escuela Montessori, para quien lo más importante era que sus hijas trabajasen lo mínimo, se alejaran lo más posible de labores femeniles y tuvieran independencia económica para no tener que vivir colgadas de un hombre. Pero, por encima de todo, valoraba que supieran hacerse respetar. Palabras mayores para una ecuación enrevesada. De felicidad, regular. En mi casa no era tema. ¿Para qué? ¿Alguien creía todavía en cuentos de hadas? Sus amigas Catherine y Eva hacían lo posible por llevar la contraria a sus madres y abuelas. Cathy se pintaba las uñas de granate oscuro —las llevaba cuadradas y cortas, a ras de dedo—, se cardaba la melena escasa en un moñete alto, aliñaba la ensalada con más pimienta que sal, pero no sabía conducir y aguantaba a un marido médico pesadísimo que se jactaba con voz estentórea de ser el padre biológico de todos los hijos de sus amigas, conocidas o por conocer. Eva era una hucha ambulante, no comía, sólo bebía vino blanco y se pesaba tres veces al día, antes y después de orinar o defecar, la última, antes de acostarse.

Los nuevos mandamientos de las mujeres se declinaban más o menos alrededor de una misma resistencia: no complacer,

no servir, no someterse a ningún hombre; oponerse y exigir los mismos derechos que ellos. Sin embargo, el aburrimiento estaba de moda y no había modo de escapar a su influencia. *Una mujer que no habla es más interesante que una que dice tonterías. Sois belle et tais-toi* (Sé bella y cállate) era la orden sin gracia que ellas aceptaban sonriendo sin despegar los labios. Ese *ennui* francés que tantos estragos hizo en la cuenca mediterránea. Aunque Gainsbourg lo cantase con ironía en varias versiones: *Tedio, mortal y maravilloso tedio / Tedio, tedio, no man's land entre la vida / Y la muerte, morir durante horas y medias / Sin moverse, sin pensar en nada / Tedio, ni feliz ni infeliz / Inmóvil / Una maravillosa nada que adormece las facultades / Una tras otra...*, no dejaba de reforzar, a golpe de canciones pegadizas, la imagen de una feminidad petrificada y asfixiante. La versión carpetovetónica era más rústica: *En boca cerrada no entran moscas. Tus labios me vuelven loco, pero calladita estás más guapa*. Mientras que las películas francesas parecían sugerir algo diferente: *Si no sonrías, es porque eres misteriosa y no una tonta fácil de comprar*.

Años más tarde, las hijas de aquellas madres escuchábamos canciones que nos ordenaban hacer todo lo contrario: abre la boca y cierra los ojos, pero no lo estropees, nena, *lo estás haciendo muy bien, muy bien, muy bien*. Si estás triste, ven, acércate, yo te consolaré, y si estás seria es porque piensas en cosas que te turban, que no entiendes. Ven aquí, no tengas miedo, yo te las explicaré, ya verás como todo irá bien, *muy bien, muy bien, muy bien*. ¡Cuánto nos parecíamos a ellas sin saberlo!

Mi madre y sus amigas recibían los piropos de los hombres con un agradecimiento rabioso cargado de humillación. Un hastío impostado las volvía impenetrables, mudas, y parecían siempre cansadas o aburridas. *No te cases nunca, hija, sé libre*.

Ya, ya, vale, pero, ¿libre como quién? ¿Como tú, que no puedes ni siquiera sonreír con libertad?

Era tan fatalmente bella, con sus dientes torcidos y su melena despeinada.

El hermetismo de aquellas mujeres no era una pose frívola, en aquel entonces lo *sexy* era la angustia. Y lo auténticamente moderno, una mujer que piensa encerrada en su concha y rebelde (dentro de un límite). Una mujer que fuma, ama, conduce, bebe, baila y huye buscando lo que sólo unos pocos hombres saben darle.

No sonreír era el acto de resistencia pasiva de mi madre.

LA LENTE

Mi hermana Laura posaba en bikini a cuadros rojos y blancos de *vichy*, con volantes en la braguita, delante del laurel que crecía en una esquina del patio, con la montaña al fondo. Delgada y oscura, frágil *pin-up* adolescente, la mirada aciaga a pesar de su edad, dirigía sus ojeras moradas hacia el objetivo amante del padre. Cauta en su manera de posar, como aguantándose las ganas de entregarse totalmente. El rostro del padre desaparecía tras la cámara —no del todo, pero casi—. Sus ojos se apagaban y sólo brillaba la lente del objetivo.